

«Si no hay periódicos que los defiendan, los edificios levantados por la caridad cristiana pasarán a manos de los enemigos de Cristo, y las rentas con que se los dote servirán para mantener la vagancia y vicios de empleados laicos de un Estado sin Dios.»

Poncio Pilato

Roma la dominadora, a pesar de ser en tiempos de Tiberio, la parte del mundo más civilizada, culta y moral, había llegado a tal grado de corrupción, que era en ella el placer la norma general de las costumbres y en el orden de las ideas al epicureísmo habíase mezclado el más enervante excépticismo, de suerte que para las personas cultas nada se podía afirmar con certeza, y el más allá de esta vida era pura creación de sofistas y de poetas. Practicaban sus ceremonias religiosas por rutina, a sus dioses juntaban los dioses de los países conquistados y sobre todos ellos colocaron a su Emperador.

Esta ciudad sensualista, excéptica y orgullosa envió a Judea un vástago de su civilización hasta entonces desconocido: sensualista como ella, excéptico como ella y sin otra ley que su capricho. Este fué el procurador Poncio Pilato.

Así cuando los judíos le presentan a Jesús, no quiere intervenir en sus querellas religiosas, y seguidamente, al inculparle de sedicioso «que soliviantaba a la nación y prohibía pagar los tributos al César, diciendo ser el Cristo, Rey de los judíos,» después de cerciorarse de su inocencia, le hace la pregunta que está siempre en los labios del excéptico: «¿qué es la verdad?»

Da a entender que no sabe lo que es la verdad, pero sabe que Jesús es inocente, y vuelve a interrogarle, apremiado por los gritos de la plebe, azuzada por escribas y fariseos. Jesús no contesta, y entonces Pilato, orgulloso y déspota, como su patria, le dice:—¿A mi no me hablas?—¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para salvarte?—En efecto, para el déspota, para el tirano, para el juez injusto no sirve la inocencia ni el derecho, sólo basta su capricho, su voluntad.

Por esta razón, cuando el pueblo judío amenaza a Poncio Pilato con denunciarle a Roma como enemigo del César, buen sensualista y buen excéptico, entrega al Justo a la muerte, después de lavarse las manos, plenamente convencido de su inocencia.

Desde entonces la figura de Pilato se ha reproducido innumerables veces en la Historia de los pueblos, especialmente en las varias persecuciones que ha sufrido la Iglesia.

Como a su divino fundador se la odia, pero como el odio no es razón

que convence, sus enemigos los francasones alegan contra ella los mismos motivos que contra Jesús adujeron los escribas y fariseos: «La Iglesia— dicen — se mezcla en los asuntos del Estado, y llega a imponerse haciendo de éste su servidor; la Iglesia se alza con la soberanía». —Cristo Rey contra el César.

Y la plebe, engañada y soliviantada por esta chusma, pide frenética su destrucción, incendia sus Templos y atropella a los sacerdotes y a los religiosos. Pronto se ve a los

prelados de la misma conducidos como unos facinerosos y arrojados de su patria como indeseables; a las Ordenes religiosas, amenazadas unas de disolución, y a otras de hecho disueltas: se ve, en una palabra, a toda la Iglesia de una nación oprimida y vejada, arremetiendo los ataques injuriosos y calumniosos de sus enemigos contra los sacerdotes para desparramar a los fieles.

Y en medio de tanta injusticia, y al resplandor de los templos llameantes se destaca la silueta de un

Pilato mas o menos *materialista y sensualista*, mas o menos *excéptico*, y siempre, «negando la obediencia a la ley divina y eterna, proclamador de la soberanía de la razón»—es decir, en forma de política liberal,— que reconoce siempre la inocencia de la Iglesia, pero que por razones de Estado la azota y la corona de espinas y la entrega en manos de sus enemigos con escarnio de la libertad y de la justicia.

JOSÉ GINER



EL AMOR Y EL DOLOR

Se han salido al encuentro el Dolor,—que es Amor,—y el Amor,—que es Dolor; el Dolor,—que es Jesús,—va lanzado en el centro del humano furor; el Amor,—que es la Madre,—lleva dentro del alma la pasionaria de una flor.

La Cruz en amargura se ha trocado para el dulce Jesús; la amargura en la Madre, ha apagado por el llanto en los ojos la luz; y como el uno al otro se han buscado como buscan las flores al azul, por eso, en este día, se han besado la Cruz, que es Amargura,—y la Amargura, que es Cruz.

Lugar de sufrimiento es la carrera del hombre: nuestra vida es así. Cuando el Amor avanza, el dolor ya lo espera para hacerlo sufrir; más, si el Amor es Hijo, la Madre es la primera que le sale al encuentro, y lo atrae hacia sí. Y es que las madres saben, las pobres, que la Vida,—tan triste, tan fugaz, tan combatida,—si a unos hace martillo, a ellas las hizo yunque, y el destino del yunque, no es dar: es recibir...

Redobles de tambores, lamentos discordados, aúellos de multitud; el lictor, los ladrones, los soldados....

detrás de ellos las aspas de una Cruz, y debajo del leño, con los ojos bañados en clemencia, el holocausto vivo de Jesús.

En la calle, la Madre. Las manos sobre el manto para no dejar salir al corazón; los ojos, enlutados por el llanto; muerta en la boca, como un pájaro, la voz...; y Ella toda, cubierta por el santo cendal de la tristeza, que es el velo que siempre recubre a la Pureza cuando está en el Carmelo del Dolor.

Jesús, que es el Dolor, es el que avanza; la Madre, que es Amor, le aguarda en pie... Jesús, con los judíos, es la santa esperanza, la humanidad antigua, el pueblo del ayer; María, con los suyos, es el pueblo que alcanza la Redención del Cristo y de su Nueva Ley...

El uno es el que cree; el otro es el que ha visto. Entre los dos florece la promesa de Dios. Por eso, si María besa a Cristo en medio de la Calle del Dolor, ese beso significa dos cosas: que ha quedado borrado el beso del Traidor y que en la fe del hombre se han abierto las rosas de una nueva y eterna Redención.

Luis ALCUSA CORTÉS

El Ajusticiado Reinante

Puesto que es la reflexión, querido lector, el don que distingue al hombre de las fieras, yo quisiera que en este día te pararas conmigo a reflexionar unos momentos junto al patíbulo en que expira el moribundo Jesús de Nazaret. No es de hombres sensatos el dejarse llevar loca y ciegame por la corriente de las ideas en moda, sin llegar a tener ideas propias, como ocurre ahora a tantos españoles, que llevados de un prurito de sectarismo huero y trasnochado, confirmando el refrán de que la ignorancia es muy atrevida, atacan a la religión y a la figura de Cristo como si fueran cosa despreciable, sin darse cuenta de que enemigos de más empuje y capacidad que nuestros flamantes láicos de baratillo no han podido menos de hacer nobles elogios de su virtud y de su persona.

Pero en ningún sitio se piensa mejor, dice el mismo Maximino Isnard, uno de los caudillos girondinos de la revolución francesa, que al pie del patíbulo. Reflexiona, pues, un poco junto al patíbulo de Jesús, y si eres católico no te pesará de hacerlo, porque encontrarás motivos para afianzarte en la fe; y si no eres católico, también sacarás provecho: por lo menos el conocer algo más la figura de Jesús, a quien sin duda desprecias o persigues porque no le conoces.

Hace diez y nueve siglos, en la Ciudad de Jerusalén, se alzaba una cruz, teñida con la sangre de un hombre, el más misterioso que haya existido, el que mayor influjo ha ejercido en el rumbo y destinos de la humanidad. Pues si todas las figuras de importancia histórica merecen nuestro estudio, ninguna como esta de Jesús, en torno de la cual, es un hecho innegable, giran los destinos de la humanidad entera. «Jesús no será solamente un delicioso moralista que aspira a encerrar en algunos aforismos vivos y cortos lecciones sublimes; es el revolucionario transcendental que ensaya reedificar el mundo sobre bases nuevas y fundar en la tierra el ideal que ha concebido... En el mundo, tal como ahora existe, es el mal lo que reina... El reino del bien vendrá a su vez. El advenimiento de este reino del bien será una gran revolución súbita. El mundo parecerá trastornado». Renán, *Vie de Jesus*.

Y, en efecto, así sucedió, porque el cristianismo cambió por completo la faz del mundo. Pero, ¿qué sublimidad pudo ejercer en el mundo un pobre obrero, desprovisto de todo auxilio en lo humano? Y sin embargo, no podemos negar que los hechos demuestran cada día la verdad de estas palabras. No ha habido suerte de persecución que contra Cristo no se haya estrellado, pues siendo su religión una traba contra el delito, a los malos de todas las edades les ha estorbado. A toda costa han querido expulsar de la tierra a aquel desvalido Jesús de Nazaret, que, pobre como había nacido, al morir en una cruz, fundó sobre ella un trono imperecedero.

Mas después de haber gastado inutilmente el tiempo y el talento en expulsar a Jesús de la tierra, aún no lo han conseguido. Cada siglo que pasa registra un aumento en el número de los cristianos; la memoria de Cristo aletea por todas partes: sobre las paredes de las Iglesias y de las casas, sobre las agujas de las Catedrales que dominan las alturas y las ciudades, a la orilla de los caminos y en las ermitas de las montañas, a la cabecera de las cunas y de los sepulcros, sobre las coronas de los reyes y sobre la tiara de los Papas, en las condecoraciones que ostentan los valientes y en los pliegues de la simpática bandera blanca que protege a los heridos en las líneas de combate... en todas partes está la cruz de Cristo. Y si fuera posible raspar en un sólo día todas las pinturas y cuadros de las iglesias, la figura de Cristo quedaría en pie, llenando museos y galerías. Y si se quemaran todos los breviarios y misales, su nombre y sus palabras llenarían aún los libros de la literatura. Y si, como ahora se hace, su imagen se arranca de los muros de las escuelas, el santo Crucifijo toma asiento sobre el pecho de los niños...

Por más que la malicia humana invente o maquine, Jesús de Nazaret, crucificado como un vil malhechor, perseguido en sus Apóstoles, escarnecido en sus ministros, combatido en sus doctrinas, no con argumentos, sino las más de las veces con la pasión o la ignorancia, blanco del odio de los poderosos de la tierra, es el fin y el principio, el perseguido y el reinante, el calumniado y el adorado, el desprecio de



LA DOLOROSA, de Tiziano

los hombres y el hombre cumbre de la historia... es un abismo de misterios, que divide en dos partes insoldables la historia de la humanidad.

Y estos son HECHOS; no son apreciaciones; porque no he olvidado que estoy escribiendo para toda suerte de lectores. «La gentilidad y el cristianismo, dice Papini en el prólogo de su *Storia di Cristo*, no pueden enlazarse. Antes de Cristo, después de Cristo. Nuestra era, nuestra civilización, nuestra vida, comienzan en el nacimiento de Cristo. Lo que existió antes de él, podemos estudiarlo, saberlo, pero ya no es nuestro. Está señalado con otros números; circunscrito en otros sistemas, no mueve ya nuestras pasiones; puede ser bello, pero es muerto. César produjo en su tiempo más ruido que Jesús, y Platón enseñaba más ciencias que Cristo. Aún se habla de ellos, del primero y del segundo, pero, ¿quién se acalora por César o contra César? y ¿dónde están hoy los platonistas o los antiplatonistas? Cristo, en cambio, está siempre vivo entre nosotros. Hay aún quien le ama y quien le odia. Unos sufren pasión por sufrir con él y otros por destruirle. Y el enfurecerse de tantos contra él, nos dice que aún no ha muerto. Y los mismos que se empeñan en negar su existencia se pasan la vida renovando su memoria.»

¿Cuál será la clave de esta antítesis misteriosa de humillación y de gloria?

Piensa, lector, con un poco de imparcialidad, y al ver el trono de Jesús levantado y sostenido, no sobre sangre de enemigos, como el trono de los tiranos, sino sobre la suya propia y sobre la que generosamente por él derraman sus amigos, no tendrás más remedio que sacar con el mismo Ernesto Renán la consecuencia: «Para hacerse adorar hasta este extremo, es necesario que haya sido adorable. «El cristianismo, dice Wernia, nació porque Jesús de Nazaret se presentó con la conciencia de ser más que un profeta y se atrajo la adhesión de los hombres tan firmemente, que a pesar de su muerte ignominiosa, han estado prestos a morir por él.»

Y esto, ¿puede hacerlo alguno mas que Dios?

Y ahora, amigo lector, por satisfecho me doy yo, si por lo menos te he infundido algún deseo de estudiar y conocer la figura de Jesús. Si no eres católico, estúdiala con serenidad de espíritu, porque aún en lo humano, merece todos tus respetos; así no te ocurrirá que estés hablando de él sin conocerle; y ten en cuenta que sólo

por tí he estado citando autores nacidos o muertos fuera del catolicismo, para que no te fueran sospechosos.

Pero si por ventura eres católico, con mayor motivo debes estudiar la figura de Jesús. Y cuando estés con el pensamiento junto a la cruz, y le veas cubierto con la púrpura de su sangre y la corona de las espinas, aprende a conocer los misterios de Dios, que para ocultarlos a los sabios orgullosos del mundo, ha juntado en su Hijo de modo paradójico los abismos opuestos de la humillación y de la gloria. Y cuando leas sobre su muerta cabeza el *Jesús Nazareno Rey de los Judios*, no te asombres de que Pilatos, modelo de cobardía, en este punto de confesar la realeza de Cristo, inmortalizara, impulsado por el cielo, aquella valiente frase: *Quod scripsi, scripsi*. «Lo que he escrito, escrito está». Es que tal es la práctica de aquel Jesús, que hizo su mayor milagro cuando siendo la misma vida se entregó a la muerte, y que para demostrarnos que tiene en su mano el corazón y los labios de los hombres, ha hecho proferir en cada siglo a sus mayores enemigos, sus elogios más estupendos, y así te explicarás cómo Él, que puso en los labios de Juliano el «Venciste, Galileo», pudo hacer que de la pluma del impio Renán brotaran estas sublimes palabras: «Reposa ahora en tu gloria, noble iniciador de la más sublime doctrina. Tu obra está acabada... En adelante, fuera de los asaltos de la fragilidad, tú asistirás desde el seno de la paz divina a las consecuencias infinitas de tus actos... Toma posesión del reino donde te seguirán, por la vía real que tú has trazado, siglos de adoradores.»

I. GARCIA ROBLEDO

Avila. Semana Santa de 1932.

Juventud Católica Turolense

Por error involuntario de caja se cometió una omisión en la lista de la Directiva de esta entidad que publicamos en el número anterior. Para subsanarla la reproducimos tal como se nos envió por el señor Secretario de la Juventud.

Presidente, D. José Andrés Lozano. Vicepresidente, D. Marcial Pastor. Secretario, D. Antonio Pamplona. Vicesecretario, D. José M.ª Contel. Tesorero, D. Jerónimo Herrero. Vicesororero, D. Joaquín Ferrán. Vocales, D. Alfonso Morera, D. Dámaso Torán y D. Miguel López.

INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Guardaban una tradición los judíos, según la cual el Mesías les daría un maná de mayor eficacia que el obtenido por Moisés en el desierto.

Cuando Jesús multiplicó los panes y los peces, juzgaron los favorecidos, aquellos cinco mil alimentados, que había llegado la hora del cumplimiento de esta esperanza. Mas el Divino Maestro, al siguiente día, volvió a recordarles la tradición, advirtiendo que aquellos que comieron el maná antiguo del desierto, habían muerto; pero los que se alimentaran del nuevo que prometía, vivirían eternamente. Y para que de una vez supiesen en qué consistía, añadió: «Yo soy el pan de vida. El pan que yo os daré es mi propio Cuerpo: Aquel que coma mi Carne y beba mi Sangre, no morirá.»

Esta promesa va a tener cumplimiento. Trece hombres se han reunido en un Cenáculo para celebrar el viejo rito que conmemora la liberación de su pueblo de la afrenta egipcia. Aparentemente son trece aldeanos observantes esperando ante la mesa, que huele a cordero y a vino, la hora de una cena íntima y festiva. Pero sólo en apariencia. Será una cena de despedidas, y acaso triste; dos de aquellos trece morirán antes que la noche vuelva otra vez, y morirán de muerte tremenda; estos son, el que es Dios y el que tiene dentro de sí a Satanás; los once restantes se irán por caminos divergentes, como ovejas sin pastor.

Jesús nada omite del ágape milenarior. Después de la oración, hace pasar de mano en mano la copa del vino, invocando el nombre de Dios; repartiendo a continuación el cordero, el pan ácimo y las hierbas amargas. «Tomad y bebed, porque en verdad os digo, que no volveré a beber del jugo de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros en el Reino de Dios.»

Para aquellos hombres, un adiós doloroso y una promesa felicísima.

¿Y qué sabor encontraría Judas en la copa donde también había posado sus labios el Divino Maestro?

Terminada la cena legal, el buen Jesús acabó de asombrar a los comensales. Se había quitado el manto, y vertiendo agua en un recipiente, fué a lavarles los pies. A uno de ellos, Pedro, que no puede soportar la abnegación, le dice Jesús: «Lo que yo hago no lo sabes ahora; lo sabrás después.» ¿Qué hacía entonces Jesús? Prepararlos para lo que ha de realizar. Purificarlos y lavarlos para la recepción de lo que será el gran lazo de unión entre Dios y los hombres.

Y fué entonces cuando transfigurándose el rostro del Salvador, y dando gracias a su Eterno Padre, tomó el pan, lo bendijo, y lo repartió entre todos diciendo: «Tomad y comed: Esto es mi Cuerpo. Ya se ha verificado el milagro de los milagros, la transubstanciación, la Eucaristía.»

Con esto se han llenado los deseos de Jesús; se ha establecido el sacrificio perenne; ya tiene la Iglesia la prenda de la futura gloria. El amor

HOJAS para el enterramiento católico, se venden en la Papelería de Villanueva, a 0'10 céntimos los 3 ejemplares. Para cantidad, consúltense precios.

de los amores ha llegado a su plenitud y la Humanidad, satisfecha en sus ansias, a un sacrificio suficiente para aplacar a Dios y satisfacer por el pecado. Veamos.

En todas las teogonías y en todos los pueblos se buscaban víctimas que borrasen el pecado de la conciencia humana. Los hombres idearon inmolar lo bueno, lo agradable y lo precioso que poseían. Lo hacían irresistiblemente.

Una triple etapa recorre el sacrificio expiatorio por el pecado. Primeramente el hombre que ve surgir de la quietud de la tierra una vida que no es como la suya, pero que llega a formarla. La planta que admira cuando florece y en su madurez perfecta le ofrece los frutos con los que llenará sus altares. He aquí sus primeras libaciones inocentes. Pero en cierta ocasión comprendió que esto no bastaba, y se dijo: La sangre representa mejor la vida; paguemos con la sangre nuestras culpas.... y millares de animales, aquellos seres que a él mismo le servían y de los cuales era rey, llenaron las aras y dólmenes de la humanidad. Un día (tercera etapa) siente la expiación más hondamente, y pretende pagar el pecado con la sangre de sus semejantes, de sus amigos y de sí mismo... pero aun esto no era bastante. De aquí que suspirase por la Víctima que pudiera satisfacer enteramente. David había indicado esa Víctima: «El corazón herido y humillado de Cristo no será despreciado por Dios.»

Veamos, pues, en la institución de la Eucaristía, en esta primera Misa celebrada por Jesucristo en el Cenáculo, satisfechas las ansias de Jesús y los deseos de la humanidad. Y como estos deseos significaban la caída de los demás altares, por insuficiencia de las víctimas, para la Misa pasaron los secretos de Ceres, los misterios de la gruta de Trofonio, terminaron los sacrificios humanos de los indios... y de Apolo en Delfos, Baal en Babilonia y Serapis en Tebas, nada quedó.

Es al mismo tiempo esta sagrada Institución, la Misa, la que ha dulcificado las costumbres, salvado al mundo y formado las grandes nacionalidades.

F. ESCRICHE

Vocal de C. N. en la F. E. C. de Madrid

“El Aguila”

Fábrica modelo de cerveza y de hielo

MADRID

Depositario para la provincia de Teruel:

Emiliano P. Pérez Buisán

Piquer, 20 - 2.º

TENGO SED

Mas de dos horas llevaba ya Jesús pendiente de la cruz dibujándose en su rostro desencajado la extinción de una vida que acababa por instantes. Los sufrimientos más acerbos, con sus golpes, estaban esculpiendo la muerte sobre su cuerpo sacrosanto. No hay tortura ni tormento que no hubiese caído sobre aquel cuerpo sin dejar en él parte sana desde los pies a la cabeza. Y Jesús no ha levantado todavía el pecho con un suspiro de queja ni ha salido de su boca una palabra de amargura. Y cuando ya la muerte, en la lucha con la vida, le arranca los últimos sudores, y abrasa sus ojos con lágrimas ardientes, y quema sus carnes con el fuego de la fiebre, y le alza el pecho con los últimos extertores, y le oprime el corazón con la pérdida de la sangre, es cuando su voz moribunda, que mas que voz es un balido que resuena en el silencio de aquella noche prematura que se cierne sobre el Calvario, dice: *Sitio, tengo sed.*

Ningún refrigerio había llevado a sus labios desde la última cena que celebró con sus Apóstoles en el cenáculo la noche anterior, y después había sudado sangre en el huerto de Getsemani y había pasado toda la noche en oración, había ido desde el amanecer de tribunal en tribunal, había sufrido en la flagelación una pérdida grande de su sangre, había subido con la cruz sobre sus hombros hasta la cumbre del Gólgota, cayendo varias veces en tierra agobiado por la fatiga, y ahora que lleva ya mas de dos horas pendiente de la

cruz derramando las últimas gotas de sangre, y abiertos todos sus poros al sudor frio de la muerte no es extraño que en aquellos instantes le devorase y le consumiera la sed. Lo que si es extraño que después de haber sufrido sin el mas leve quejido las mayores torturas y los mas acerbos sufrimientos solo ahora y a punto de morir pronuncie con acento lastimero aquella palabra que es todo un poema: *Sitio, tengo sed.* Y es que Jesús no se duele ni se queja de su angustia y de sus dolores corporales, como no se ha quejado ni dolido de ellos en ningún momento de su Pasión; su palabra es un latido de su alma, es un suspiro de su pecho, es una aspiración de su corazón, es un fogoso llamamiento de su amor. ¡Tiene sed!, y El, que ha cercado los mares con playas de arena, que debajo de las piedras ha hecho brotar los rios caudalosos y las fuentes cantarinas, que dispone como quiere de las cataratas de los cielos, que refrigera y sostiene en los montes y en los prados las hierbas y las flores con el rocío de la mañana no pide agua ni pide un refrigerio, solo dice: *Tengo sed.* ¡Tiene sed! pero es aquella misma sed que le llevó al Jordán haciendo del agua el instrumento de nuestra justificación, aquella misma sed que le hizo ir al pozo de Jacob a convertir a la Samaritana y con ella al pueblo de Samaria, aquella misma sed que abrasaba de amor hasta dretirlo su corazón de Redentor.

Jesús sufre y muere porque quiere; y quiere sufrir y quiere morir por nuestra salvación y por nuestro

amor. Por eso ahora, al terminar su vida, toda su angustia, toda su fiebre, todo su fuego y toda su amargura radican en su corazón y en su amor, que no se puede saciar sino con otros corazones y con otro amor, y por eso no pide agua ni otro refrigerio sino que sólo dice: *Sitio, tengo sed, sed de almas, ansia de corazones, necesidad de nuestro amor, porque el amor vive de amor y el corazón que muere de amor tiene derecho a pedir con toda ansia y con verdadera sed amor y corazones.*

Todavía Jesús es el amante que muere y vive por nuestro amor, y todos los días y a todas las horas, a despecho de nuestro olvido y de nuestra indiferencia, a la puerta de nuestro corazón, en el lindero de nuestras acciones, a la orilla de nuestro camino, allí está como un mendigo, suplicándonos una gota de amor, un efluvio de nuestro corazón para su sed de amores.

Desgraciado el hombre que niegue su amor, que hará de él como un rio que se pierde y se seca en los eriales sin fruto alguno y si llegar a participar de la inmensidad del Oceano.

Felices las almas que oyen su voz y entregan su amor a aquel Jesús que muere de sed de corazones y de amor, haciendo un amor de todos los amores, fundiéndolos en las llamas de la justicia, de la fraternidad y de la caridad y sellándolos con el sello de la redención y de su muerte. Felices nosotros los cristianos cuando sabemos que el más grande de los corazones clavado en la cruz y buscando el nuestro nos dice al morir: *Sitio, tengo sed...*

A. L. A.

Ejercicios espirituales para señoras

Se celebrarán en la Iglesia de Santa Teresa.

Día 3 de abril, a las seis y media de la tarde empezarán los ejercicios con rosario y plática preparatoria.

En los días sucesivos:

A las seis y media de la mañana, misa y plática.

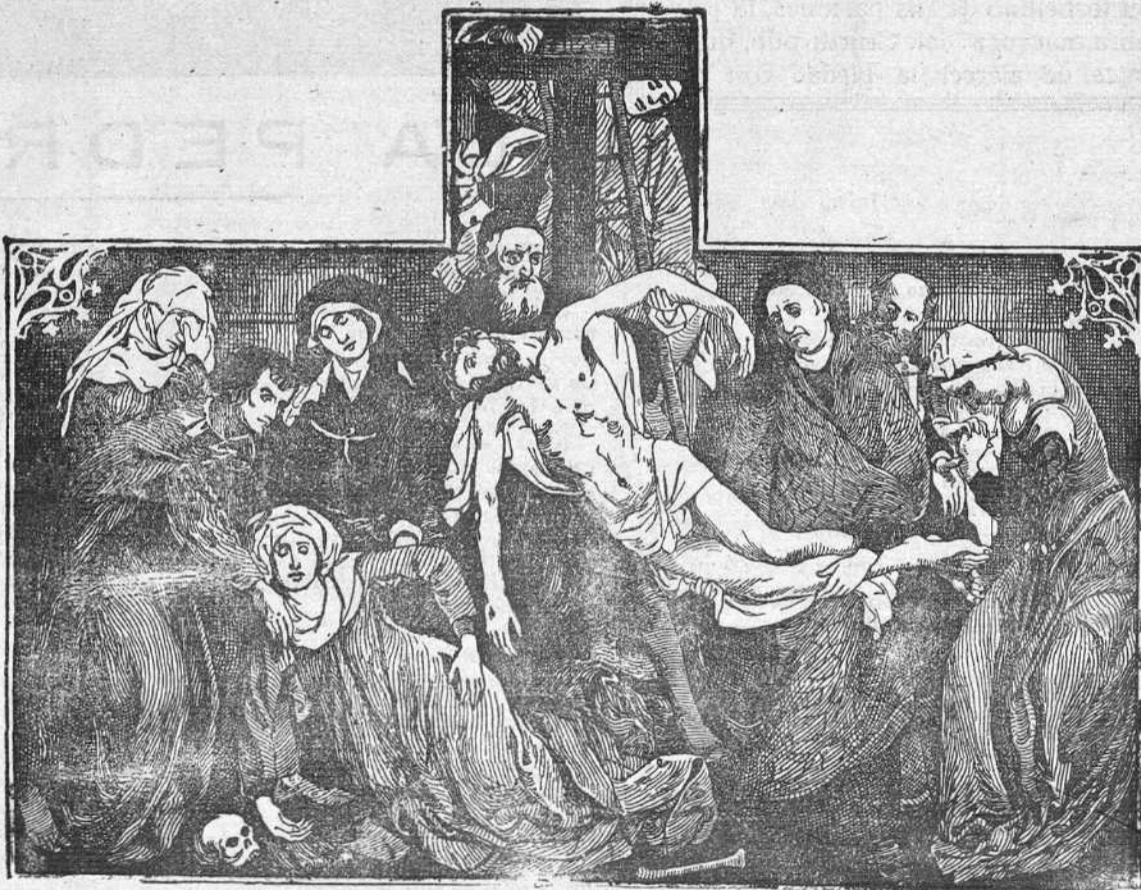
A las diez y media, misa y plática.

A las seis de la tarde, rosario y meditación.

AL TERCER DIA...

Se estremeció la tierra amedrentada, reflejó la luna en su sangrienta faz el deicidio de los hombres, cubrió su rostro el sol, avergonzado del crimen del planeta y al retirar su luz, surgió la noche envolviendo al mundo en su negro manto de tinieblas.

El Justo había exhalado el último suspiro en el altar de la Cruz. Sus enemigos verían depositar en el sepulcro el cuerpo de la Víctima y con él sepultados para siempre en el abismo del olvido su persona y su doctrina, su vida y sus milagros, su obra y su Iglesia que venía a desplazar a la Sinagoga.



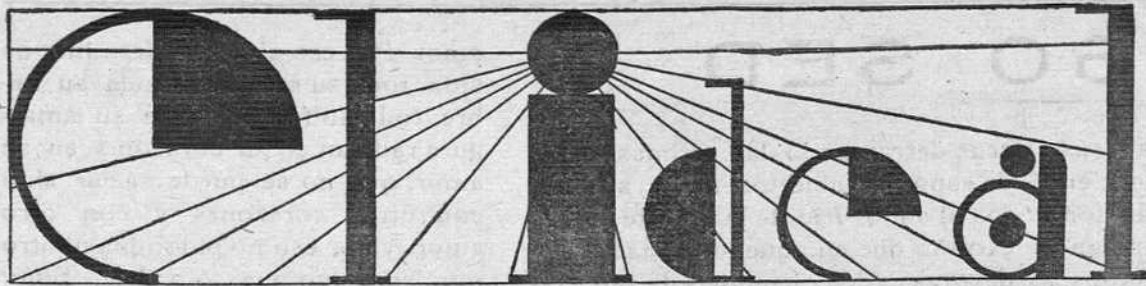
Hoy como ayer el Sanhedrín reunido en los antros masónicos, decreta la muerte de Jesús y le insulta y le escarnece y le blasfema y le injuria y le calumnia en su Iglesia y en sus ministros y en sus instituciones, y dicta sentencia de persecución de todo género y de exterminio, pensando sepultarle en el sepulcro del olvido.

Pero, como ayer, hoy también los enemigos de Cristo y de su Iglesia bajan a la tumba, se derrumban los

sistemas y desaparecen las instituciones; los perseguidores de Jesús pasan... mientras la Iglesia surge triunfante del sepulcro que le habían labrado sus eternos sepultureros.

Después de las negruras del Calvario, brillan la gloria y los resplandores de la resurrección.

Nosotros tenemos fé y esperamos... Hoy empieza la persecución, subiremos al Calvario... pero al tercer día...



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

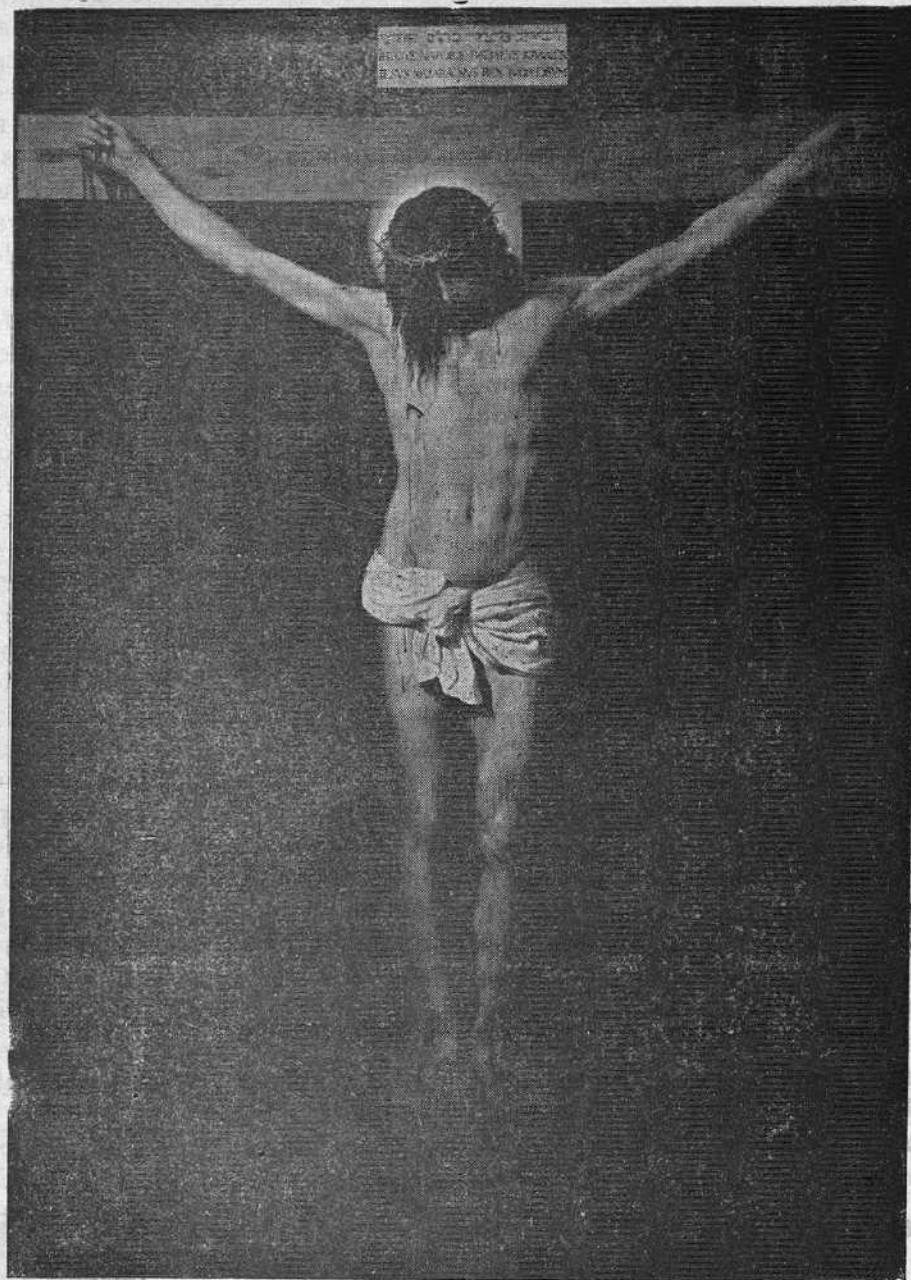
Trimestre 1'50 pesetas.

Semestre 3'00 »

Número suelto, 10 céntimos.

¡Perdónalos, Padre...!

«El pueblo entero, dice San Lucas, estaba allí presente y con sus caudillos le escarnecía». El pueblo, al que libró su mano omnipotente de la tiranía de los Faraones, de las cadenas de Babilonia, de la esclavitud de los Madianitas...; el pueblo, al que alimentó en el desierto; el pueblo que antes le seguía porque le hartaba de beneficios; el pueblo a quien siempre bendijo, sin cesar le blasfema. Blasfémale los caminantes que por aquella ruta pasaban a Jope y a Cesarea y moviendo la cabeza, signo de desprecio, le echan en cara sus antiguas profecías y los testimonios de su poder; blasfémale los sacerdotes y aun los príncipes de los sacerdotes con los escribas y ancianos y le emplazan allí mismo para un milagro. Y hasta los soldados romanos, extranjeros en Israel y ajenos al misterio de aquella ejecución se atreven a apostrofarle con sacrílegas palabras. Para el Hijo del Hombre no se tiene siquiera la deferencia, que se guarda para el más perverso malhechor, de silenciar los ultrajes ante el tablado del delincuente. Y aquella muchedumbre, que había oído asombrada el Sermón del Monte «*Amad a vuestros enemigos, responded con dádivas a los que os odian, orad por los que os persiguen y maltratan*», escuchaba en esta ocasión, en medio del torbellino de sus pasiones, la palabra amorosa del Crucificado, que, antes de ejercer la piedad con su



Madre y la liberalidad con Juan y la justicia distributiva con el buen ladrón, excusa y perdona a los deidades. ¡Perdónalos, Padre...!

En el transcurso de 20 siglos el drama del Calvario ha ido encontrando eco en toda la tierra. Un día es Roma la que clama desde las gradas del anfiteatro, pidiendo la sangre del inocente. Otro día es la protestante Alemania, la lasciva Inglaterra y la revolucionaria Francia, que desde la cátedra, desde el trono y desde la calle, blasfema contra Dios. Actualmente es Rusia, Méjico y España que mirando con odio y desprecio al Gólgota gritan judáicamente, *crucifige, crucifige* y el Cristo que nos guiaba en la Reconquista y en los descubrimientos; el Cristo de las Navas de Tolosa, de Granada y de Lepanto, es echado del hogar y de la escuela, maltratado, injuriado, incendiado...

Pero el Cristo del Gólgota, que es el Cristo de las Misericordias, cuanto más padece, más perdona, porque el acero candente cuantos más golpes recibe, más vivas centellas lanza; porque el árbol colmado, cuanto más sacudido, más fruto da; porque el pomo de perfumes, más aromatiza el ambiente, cuanto más se quiebra; porque la flor pisada embalsama los aires con zumo más embriagador. Y el que es todo bondad y todo amor se da a todos sus enemigos y les disculpa y perdona en la primera palabra que sale de sus labios: Padre, perdónales por que no saben lo que hacen...

LA PEDRADA

I

Quando pasa el Nazareno de la túnica morada, con la frente ensangrentada, la mirada del Dios bueno y la sogal al cuello echada,

el pecado me tortura, las entrañas se me anegan en torrentes de amargura, y las lágrimas me ciegan y me hiere la ternura....

.....

Yo he nacido en esos llanos de la estepa castellana, cuando había unos cristianos que vivían como hermanos en república cristiana.

Me enseñaron a rezar, enseñaronme a sentir y me enseñaron a amar, y como amar es sufrir, también aprendí a llorar.

Quando esta fecha caía sobre los pobres lugares, la vida se entristecía, cerrábanse los hogares, y el pobre templo se abría.

Y detrás del Nazareno de la frente coronada, por aquel de espigas lleno, campo dulce, campo ameno de la aldea sosegada,

los clamores escuchando de dolientes Misereres, iban los hombres rezando,

sollozando las mujeres y los niños observando...

¡Oh qué dulce, qué sereno caminaba el Nazareno por el campo solitario, de verdura menos lleno que de abrojos el Calvario!

¡Cuán sñave, cuán paciente caminaba y cuán doliente con la cruz al hombro echada, el dolor sobre la frente y el amor en la mirada!

Y los hombres, abstraídos, en hileras extendidos, iban todos encapados, con hachones encendidos y semblantes apagados,

Y enlutadas, apiñadas, doloridas, angustiadas, enjugando en las mantillas las pupilas empañadas y las húmedas mejillas,

viejecitas y doncellas, de la imagen por las huellas santo llanto iban vertiendo.... ¡Como aquellas, como aquellas que a Jesús iban siguiendo!

Y los niños, admirados, silenciosos, apenados, presintiendo vagamente dramas hondos no alcanzados por el vuelo de la mente,

camínabamos sombríos junto al dulce Nazareno, maldiciendo a los Judíos,

¡que eran Judas y unos tíos, que mataron al Dios bueno!

II

¡Cuántas veces he llorado recordando la grandeza de aquel hecho inusitado que una sublime nobleza inspiró a un pecho honrado!

La procesión se movía con lenta calma doliente, ¡Qué triste el sol se ponía! ¡Cómo lloraba la gente! ¡Cómo Jesús se afligía!...

¡Qué voces tan plañideras el Miserere cantaban! ¡Qué luces, que no alumbraban, tras las verdes vidrieras de los faroles brillaban!

Y aquel sayón inhumano, que al dulce Jesús seguía con el látigo en la mano, ¡qué feroz cara tenía! ¡qué corazón tan villano!

¡La escena a un tigre ablandara! Iba a caer el cordero, y aquel negro monstruo fiero iba a cruzarle la cara con el látigo de acero...

Mas un travieso aldeano, una precoz criatura de corazón noble y sano y alma tan grande y tan pura como el cielo castellano,

rapazuelo generoso que al mirarla, silencioso,

sintió la trágica escena, que le dejó el alma llena de hondo rencor doloroso,

se sublimó de repente, se separó de la gente, cogió un guijarro redondo, miróle al sayón de frente con ojos de odio muy hondo,

paróse ante la escultura, apretó la dentadura, aseguróse en los pies, midió con tino la altura, tendió el brazo de través,

zumbó el proyectil terrible, sonó un golpe indefinible, y del infame sayón cayó botando la horrible cabezota de cartón.

Los fieles alborotados por el terrible suceso, cercaron al niño airados, preguntándole admirados: —¿Por qué, por qué has hecho eso?...

Y él contestaba, agresivo, con voz de aquellas que llegan de un alma justa a lo vivo: —«¡Porque sí, porque le pegan sin hacer ningún motivo!»

III

Hoy, que con los hombres voy, viendo a Jesús padecer, interrogándome estoy: ¿Somos los hombres de hoy aquellos niños de ayer?

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN